

CAPITULO VII

Moderación de los robespierristas en Lión (Octubre del 93)

Robespierre aterrizado por Saint-Just (10 Octubre) mientras que tranquiliza á Couthon (8 - 20 de Octubre)

Recordemos los precedentes de Robespierre.

Juez de Iglesia de Arras, la necesidad de tener que condenar á muerte á un hombre hízole presentar la dimisión. Su papel en la constituyente fué el de un sincero filántropo, idea que persiguió aun con sacrificios propios, tendiendo siempre al progreso de la humanidad.

Nació desconfiado, temeroso, colérico, pero con cólera pálida; Saint-Just le decía: «Cálmate: el imperio es de los flemáticos».

Las traiciones y las disputas, la guerra de alfilerazos que le había necho la Gironda, agriaron extremadamente sus sentimientos. La fatalidad deplorable que le obligaba para anular á los girondinos á unirse á Hebert, la dura y humillante necesidad de apoyarse en la popularidad de la prensa hebertista, debió aun más que nada amargarle, abochornarle. Lo que no quiso ser en el 90, lo fué en el 93: el gran acusador público. Sus vehementes requisitorias condujeron á la muerte á Custine.

Su triunfo del 25, aterrizando á la Convención, que puso en sus manos la Justicia y la Policía, desde este día en que asentó su poder sobre la ruina de dantonistas y hebertistas, le fué más fácil llevar su situación, su vida política. Dió un paso en el camino de la moderación y las circunstancias lo arrojaron en el terror.

En Octubre la estrategia empleada por Robespierre fué oscura, inextricable. Los robespierristas se equivocaban á cada instante creyendo servirle, haciendo tal ó cual servicio, que después desautorizaba Robespierre.

Sin embargo, dos cosas se vieron claramente:

1.º Sus trabajos para evitar que los setenta y tres corrieran la misma suerte que los girondinos.

2.º La moderación asombrosa que su *alterego* Couthon, su hombre, su pensamiento, osó mostrar en Lión durante el mes de Octubre, hasta el punto de poner en el extremo de su furor á los amigos de Chalier.

Couthon como Robespierre, antes del 89, había sido más que revolucionario un filántropo. Se conserva un drama suyo que escribió entonces, prueba de su exquisita sensibilidad, del género de La Chaussée.

Habían llegado los dos á una época en que si no tenían clemencia en el corazón, la conservaban en el espíritu. Robespierre quería arrancar á los dos partidos su potencia: á los dantonistas su clemencia y á los hebertistas su rigor; quería transferir este poder de las manos impuras en que estaba á manos de gentes honradas, de los robespierristas.

El intento era sumamente peligroso.

Garat cuenta que en el mes de Agosto hizo una tentativa para salvar á la Gironda y al pedírsele á Robespierre observó que éste se enterneció. Sentía dolor. ¿Qué podía hacer él por la Gironda? Nada, ni él, ni nadie. Solo si la clemencia hubiera entrado en el corazón de todos los franceses se hubiesen podido salvar.

Lión hubiera podido dar un golpe de efecto en la política nueva. Si la experta mano de Couthon lograba desde allí iniciar el movimiento, es seguro que el terror hubiese encontrado su equilibrio, es decir, que el terror hubiese sido aplicado á los mismos terroristas, añadiéndose de este modo una inusitada fuerza á los robespierristas. Cuantos hubieran sentido miedo (todo el mundo) se hubiese inclinado hacia Robespierre. La Francia girondina, realista y clerical, lo hubiera olvidado todo y se hubiera unido á un solo hombre. En el exceso de la alarma, hacía mucha menos falta á la opinión el ideal político que la seguridad personal.

Bien se descubrieron los intentos de Robespierre, pero los hebertistas lo necesitaban mucho para osar atacarle aun. El 25 en los Jacobinos los defendió David de orden de Robespierre. Y el 3 de Octubre los miserables aun necesitaban salvarse de una traición cometida en la Vendée. Querían el poder del ejército revolucionario que también se lo disputaban los dantonistas y el día 4 publicaron un número extraordinario del *Pere Duchesne* que alcanzó la venta de seiscientos mil ejemplares contra Danton ausente, y que según ellos había emigrado.

Robespierre lanzó el 4 por la noche á David para que denunciase á los dantonistas: «Thuriot—dijo—conspira todas las noches con Barere y Juliano de Tolosa en la casa de la condesa de Beaufort.»

David como miembro del comité tenía gran autoridad para formular denuncias.

Exacta ó no, la denuncia indicaba en Robespierre la presciencia de una alianza contra él, entre elementos heterogéneos. Barere se desli-

zaba como una anguila en todas partes, siendo el intermediario probable, á menos que se le utilizara por el terror.

Había llegado el momento para constituir un gobierno honrado que castigara á los malversadores, á los bribones. Fué como proclamado el día 4 en dos decretos, uno que *contenía las autoridades* en sus esfuerzos repentinos (aviso á la Comuna, á la monarquía de Hebert y Bouchotte) y el otro para *limitar los poderes de los representantes en los ejércitos*. Esta censurabilísima fórmula de centralización fué proporcionada por Billaud Varennes. El espíritu del nuevo gobierno fué obra de Saint-Just.

Se manifiesta originalmente entre muchas cosas formadas violenta y forzosamente, declamatorias, unas y otras excesivamente ingeniosas, pero imponente y respetable como un decreto de verdadero dolor sobre la irremediable corrupción del tiempo. Es la voz de una joven alma, elevada, fuerte, despiadadamente pura, resignada á una lucha imposible de sostener. Esta voz estridente, metálica, hiere á todos los partidos. Todos bajaban la cabeza al escucharla. Todos votaron por el gobierno revolucionario hasta la paz y que los ministros dependerían del comité pidiéndoles cuenta un tribunal.

El terror se apoderó de cuantos habían manejado intereses públicos.

Lo que espantaba más era que Saint-Just no temía denunciar á cuantos había defendido Robespierre hasta entonces, nombrando en sus propios términos al nuevo tirano del mundo, *la burocracia*.

El terror común aproximó gentes que hasta entonces se odiaban. Los indulgentes y los hebertistas se vieron y se dieron la mano.

Así estaban las cosas cuando llegó el gran acontecimiento de Lion, los actos de clemencia realizados por Couthon.

Mientras que los hebertistas en París reclutaban un ejército revolucionario, Couthon en su camino había reclutado otro de campesinos. En su país natal, la Auvernia, en el Alto Loira arrastraba á la masa, dándole el increíble sueldo al voluntario de tres francos diarios. Poco después hubo de reducirse el salario.

Se alistaron más de doscientos mil hombres.

Couthon, esperado y deseado por los lioneses como un salvador que los defendería de Dubois-Grancé, recibió su sumisión el 8 de Octubre.

El comité al recibir esta noticia se estremeció. Observó que se ponía en juego una política nueva, la que había salvado á los setenta y tres: *reinar por la clemencia*.

¿Qué pasó en el comité?

Collot d'Herbois, Billaud, Barere, órganos del furor común, preguntaron qué ocurriría si después de haberse cumplido los designios de la Revolución, llevada ésta de la sangre y del terror á la victoria se encontraba finalmente en la emboscada urdida por un filántropo dispuesto á guillotinar á quien no siguiese sus preceptos.

Sólo quedaban dos cosas que hacer: ó asesinar al tirano ó comprometerlo.

Collot se atrevió á escribir: «Lion se ha revolucionado: Lion ya no existe.»

Todos los miembros del comité firmaron estas palabras y obligaron á Robespierre á que firmara también.



El general Canclaux.

Rara fuerza la de aquel gobierno que teniendo bajo su imperio á la Convención, á los Jacobinos, al comité de Seguridad, al tribunal revolucionario debió de firmar aquel absurdo para no perecer á manos de los *enragés*. Sin embargo, exigió que Dubois-Grancé fuese detenido y conducido á París por la fuerza.

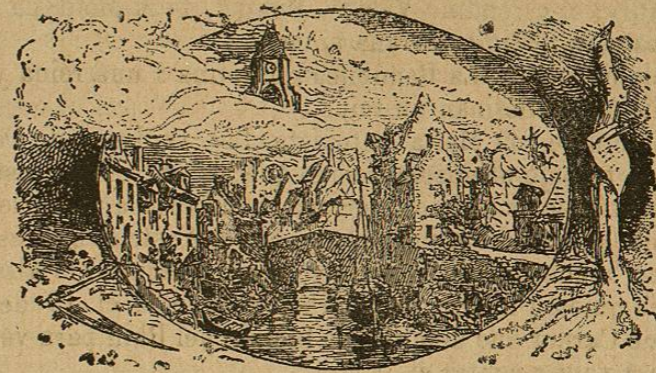
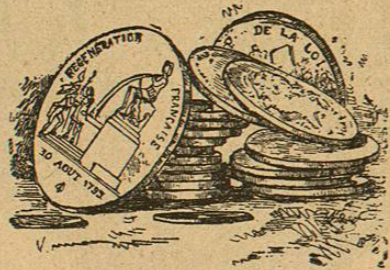
Arrestar al hombre que en realidad acababa de prestar un servicio inmenso, conducirlo por las calles de París entre dos gendarmes era medida expuesta á graves peligros, prodigiosamente impopular. El comité dió la orden á toda prisa más que nada por perder á Robespierre (12 de Octubre).

El decreto exterminador fué llevado á la Convención.

Había un hecho concreto. Dubois-Grancé no pudo impedir el paso de dos *mil desesperados* á través de sus fuerzas, que se componían de 60.000 hombres.

«¿Cómo explicar—decía Barere—que dos mil hombres hayan podido atravesar entre sesenta mil? Es un enigma para el cual tenemos el calificativo.»

Dos dantonistas, Bourdon y Fabre de Eglantine, pidieron una investigación. Así se trocaban los papeles. La misión de los dantonistas y hebertistas quedó consumada. Los odios mutuos reaparecen, pero siempre con una probabilidad de conciliación con el odio que les profesaba Robespierre.



CAPITULO VIII

Muerte de la reina.—Victoria de Wattignies (16 Octubre)

Proceso de la reina (14-16 Octubre 93).—Posición de Wattignies.—Ataques infructuosos del día 16.—Esfuerzos desesperados del día 16.

El comité de Salud pública por su elevada declaración de honradez absoluta y de guerra á los partidos hecha el día 10 por Saint-Just se colocó en la necesidad imprescindible de vencer al extranjero. A la más pequeña caída todos los partidos gritarían contra el comité.

Robespierre especialmente veía su suerte suspendida de esta especie de lotería.

Para franquear este abismo era necesario matar á la reina, matar á los girondinos, batir á los austriacos.

A los amigos de Chalier sólo se les podría hacer callar arrojando á sus pies la cabeza de Austria.

A las banderas acusadoras de Dubois-Grancé, oponer las banderas negras y amarillas del austriaco, la victoria sobre la colisión.

La reina fué ejecutada en muy poco tiempo; comenzó el proceso el día 14, quedó concluido el 15 y fué ejecutada el 16, día de la batalla. Su muerte fué muy poco sentida en París. Se pensaba en otras cosas, en los escándalos de Lion, la lucha terrible, desesperada, que sostenía el ejército del Norte.

La reina era la culpable. Ella llamó al extranjero. Esto ha quedado demostrado ya evidentemente. No se tenía entonces ninguna prueba. Ella quiso defender su vida. Dijo que era una mujer, una esposa obediente, que no había hecho más que la voluntad de su marido, arrojando la falta sobre él.

Lo que hubo de sorprendente en este proceso es que se hizo comparecer testigos inútiles, condenados á muerte ya, tales como el consti-